

EL BIEN COMÚN, ESENCIA DEL HUMANISMO CRISTIANO.

Guillermo León Escobar Herrán

Consultor en el Pontificio Consejo para los Laicos
Embajador de Colombia ante El Vaticano

1.- Introducción

Me gusta el título bajo el cual se me encomendó esta presentación final. Como de costumbre, escribí una síntesis –así como de puntos- de lo que yo sabía del tema; luego -y esto por desviación del viejo oficio de lector de literaturas- pensé en las grandes obras leídas que contuvieran “encarnaciones” de los temas y luego rastree en mi biblioteca tanto en los escritores civiles como religiosos y créame que uno se queda extasiado ante tanta teoría. Qué maravilla! (El uso de este método es un ejercicio recomendable para retrasar la llegada del inevitable Alzheimer).

Me molestó, eso sí, en el proceso de revisión un libro de Desmond Tutu titulado “*Dios no es cristiano*”. El argumento es múltiple. No voy a repetir aquí la parte teológica, pero en la social uno se maravilla del balance de nuestro mundo después de 2000 años de evangelio. Señala el arzobispo sudafricano que al leer el texto de Lucas 10.29 Jesús no da respuesta directa a la pregunta, ¿quién es mi prójimo?. Sino que ofrece la parábola del “Buen Samaritano”, a lo mejor para obligar al desarrollo del discernimiento. (Esa parábola fracasaría hoy porque los graduados en las grandes universidades reclamamos respuestas claras y precisas que no superen los tres minutos. Hoy la cultura está hecha de fórmulas).

Me vino a la mente el diálogo de un jesuita con Gandhi, de quien escuchaba aquello que “el cristianismo es muy bueno, pero los cristianos son muy malos”. Siempre me he sentido molesto con esas afirmaciones, pero aprendí a entenderlas cuando leí despacio aquello de Jesucristo cuando afirmada que el precepto más importante es aquel de “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente” (Creo que eso está en Mateo 22 del 36 al 40). Hay gentes que han llegado hasta ahí, pero en el evangelio que leyeron editado, el texto sigue con la presencia de un corolario “amarás al prójimo como a ti mismo”. Esa conclusión no la han leído muchos, y a algunos no les gusta y a otros habría que decirles que han equivocado eso de la autoestima, porque la sociedad, el prójimo, continúa desfigurado. Si tanta miseria y exclusión revelan el amor por nosotros mismos estamos mal, muy mal. Permítanme cerrar esta introducción con Juan cuando dice: “Cómo puedes decir que amas a Dios a quien no ves, cuando odias a tu hermano a quien ves?”.

2.- La esencia.

Dejemos ya las referencias y vamos al encuentro del título asignado: son muchos los que se han ocupado de responder a la pregunta por la esencia del humanismo cristiano. Entre quienes están en la frontera del ateísmo, Feuerbach; y entre los nuestros, Romano Guardini, que en un ensayo de 1929 sobre “la esencia del Cristianismo” señala al bien común como tal y el servicio al prójimo como un referente claro e innegable.

Esencia es aquello que tiene las características necesarias e imprescindibles para que algo sea lo que es. Entonces si el cristianismo no se expresa en el Bien Común no se puede hablar de cristianismo. Sin embargo hay que entender algo y es que la sabiduría popular

señala también aquello de la “quinta esencia” que es el elemento que no puede faltar en la reflexión de lo humano ya que sin él, todo está en el vacío.

Y la “quintaesencia” del bien común es que no puede estar desprendido su concepto de la convicción acerca de la dignidad de la persona humana y uno cree que esto no es importante, suena bien y se puede hacer un bello discurso. Yo comparto con Lipowiesky el afecto por los perros y vivo orgulloso de los míos, porque este gran filósofo descubrió que su perro no se equivocaba frente a otros perros, tuvieran la apariencia o color que tuvieran, en tanto que mucha gente importante -y graduada- todavía tiene dudas sobre la pertenencia de todos a esta humanidad que compartimos.

El bien común es el fundamento y a la vez el objeto de la vida social, acostumbraba repetir Aristides Calvani, e insistía que no es una sumatoria de los bienes particulares como algunos piensan, sino una atmósfera cultural generadora de solidaridades ciertas.

Y hablamos de esa atmósfera, porque sin ella nos estamos equivocando medio a medio, ya que no es posible lograr un bien personal si no es dentro de la armonía con el bien común. Por eso mismo, necesitamos que exista la convicción que somos iguales, que la definición de persona no establezca cuotas crecientes de dignidad o decrecientes entre ricos y pobres; negros y blancos; hombres y mujeres; establecidos y migrantes; turistas y nómades; sanos y enfermos; jóvenes y viejos.

El bien común exige una condición humanística que, dicha en palabras simples, es aquella convicción de saber de dónde se viene y ser consciente de para dónde se va. (Es aquella bella disyuntiva que reza; “o somos hijos de Dios o somos Simios que hemos tenido éxito; de ahí depende el diseño y la construcción de la Nueva Sociedad). Con esta respuesta, el bien común exige cimentar una condición material que permita construir el bienestar social del que participen todos. Es una vieja precisión en la que se diferencian claramente “progreso” y “desarrollo”, en donde aquél, el progreso, toca a los sectores de privilegio y éste -el desarrollo- es cuando el progreso es patrimonio de la comunidad toda.

Y en realidad, es difícil descender del discurso fácil a las condiciones para que el bien común se aclimate y crezca; la pregunta es cuál es el desarrollo de la cuestión jurídica que permita -con posibilidades reales de éxito- reclamar a nombre de la comunidad toda o del ciudadano particular, por el derecho que tiene a que se construya el bien común.

Y ello remata con aquel crecimiento de la conciencia personal y colectiva que configura una “ética” que impele a la participación de todos y cada uno en hacer avanzar el sentido de humanidad. Es claro que sin una ética vamos a la catástrofe y evitarlo es hoy tarea fundamental del bien común.

Es por ello que se trabaja -en grupos minoritarios es cierto- en un proyecto para la construcción de una ética mundial que será la ética del bien común.

Hay pensadores por ejemplo que afirman que estamos asistiendo a la paradoja que pone en evidencia que la crisis que se vive y que se trata de superar, es aquella en la cual los ricos han sido rescatados para el goce de lo superfluo por los pobres que han tenido que postergar la satisfacción de lo necesario.

Hay gentes que no superan, cuando hablan del bien común, los conceptos del ayer de la salud, el vestido, la vivienda, la comida. El bien común va mucho más allá de eso. Está bien -dicen otros- hay que añadir la instrucción y el puesto de trabajo. (Dije instrucción no educación porque ya la familia -por lo general, excepto la de ustedes- ya no educa. Faltan “modelos” y si los hay conturban).

Son una vergüenza -es posible que nos tilden de demagogos-, los discursos sobre que ya vamos a superar la pobreza. Se colocan fechas, se contratan profesionales que manejen las estadísticas; el par de dólares de supervivencia, esos que distinguen a los indigentes en ascenso de los excluidos; en fin. (Valdría la pena leer de nuevo Mater et Magistra y Populorum Progressio. Me acuerdo -cuando se publicaron- que dijeron que esos Papas los había tocado el comunismo cuando en verdad estuvieron tocados por Jesucristo).

Hace un año, auspiciado por Ordo Socialis -una institución alemana que piensa en estos temas- y la KAS, tuvimos en Bruselas una jornada sobre “orden Económico y justicia social”. Importante, interesante pero no olvido la cara de extrañeza de algunos cuando hablé del “Destino Universal de los Bienes”, de la “Redistribución de la riqueza”. Son gentes buenas, es cierto y se parecen mucho a aquellos que no leen sino los libros fechados en los últimos dos años, porque afirman que el pensamiento ha cambiado sin darse cuenta y que el tesoro del conocer y de la memoria es fundamental.

Algunos han juzgado que el gran semiólogo Humberto Eco acaba de incurrir en una ligereza increíble. Hay gente que definitivamente no acepta que se escriba fácil, porque tienen solamente ellos la virtud de, sin entender, hacer que los demás los envidien y creamos todos que sí entendieron. Pues bien, Eco acaba de escribir una carta fácil a su nieto, rogándole no perder la memoria del ayer de sus padres y de él mismo porque nadie es verdaderamente humano sin el ayer. Y le insiste en que hay verdades que no cambian, sobre todo aquellas ligadas a la supervivencia. Recuerden ustedes al novelista de la Revolución Mexicana -Mariano Azuela- que narra la historia de aquel general que intentó con un prisionero enseñarle a sobrevivir sin comer y se le murió cuando ya estaba próximo a aprender. (No lo puedo ocultar ante mis amigos mexicanos: ellos son ciertamente originales).

Vuelve a tomar vigencia la necesidad de revivir -cuando se habla de bien común- la discusión frente a las riquezas, aquella del “lus Utendis” de cara al “lus Abutendis”. Eso todavía no está resuelto cuando se habla de la propiedad y de la progresión ascendente de las riquezas.

Es claro: la honestidad de una economía no consiste en obtener ganancias sin apelar a los mecanismos de la sabida corrupción; eso es tan solo un pre-requisito porque exactamente ahí comienza el Evangelio del “parte tu pan -no cualquier pan, el tuyo- con el hambriento”; ese evangelio que nos lleva a colocar más puestos en la mesa de Epulón y no contentarse con darle más comida para que de esa manera deje caer más migas a fin de que el pobre Lázaro las recoja.

Ya Francisco habló de esto, y hay una serie de cerebros cristianos católicos y de otros grupos cristianos que se preguntan si verdaderamente el Papa sabe de economía, de la misma manera que otros teólogos se preguntan -con prudencia naturalmente- si sabe de teología. Yo, lo único que sé, es que ese señor sabe de Evangelio, lo vive y aplica y tiene a

los palabreros de siempre desconcertados porque está hablando con gestos, le está colocando gestos al vacío de las palabras.

Bien, demos un paso más allá.

Sucede que cada vez escucho hablar menos de bien común y más de interés general. Debo advertir que no son lo mismo y créanme no hay que dejarse escamotear la palabra. Los lingüistas saben bien que no hay sinónimos plenos y que el significado y el significante no se pueden separar sin alterarlos ni traicionar la realidad. El eufemismo mata el concepto. Cuando se habla de amor no es posible sustituirlos por “cariño”; así como la alegría no es susceptible de ser sustituida por el placer: son diversos.

Alain Touraine, hace años, participando en una mesa redonda donde estábamos pensando en virtudes y sapiencia hoy necesarias, publicó un libro sobre eso bajo el título “¿Podremos vivir juntos?”. Y afirmaba que la desaparición del bien común nos está haciendo regresar al “sálvese quien pueda”, al decir de aquel poeta que afirmaba hablando de la nariz de Cleopatra, que no había que preocuparse porque ya se llegó al momento en que “todo no vale nada si el resto vale menos”.

Hay, por ejemplo, un enorme y evidente cinismo frente a la conservación y enriquecimiento de la naturaleza. Limpieza del aire, conservación de las aguas y demás. Yo moriré pronto -se dicen algunos- y afirman que deben ser sus hijos y nietos quienes resuelvan el problema.

Por hedonismo y desinterés hay muchos que son incapaces de pensar en el bien común de la especie humana a largo plazo. Atención ya tenemos pruebas: Dios perdona pero la naturaleza no perdona.

Yo lo entiendo: estamos como hipnotizados con el mercado; aceptamos que gane el mercado no importa que pierda la sociedad. En Colombia uno de nuestros grandes dirigentes afirmaba: “a la economía le va bien; a Colombia le va mal”. Los conceptos que sostenían nuestra cultura se han debilitados; la persona no interesa sino los instrumentos que ella posee como el ordenador, el celular y hay sociedad donde se mata para hurtar celulares.

A veces parece que no es mucho lo que tenemos en común; le estamos dando razón a Sartre cuando afirmaba que el infierno eran los otros y esto sucede luego de vaciar las sociedades de lo que les daba sentido que es el “bien común”.

Y, sin embargo, hablamos de globalización, de sociedad globalizada y no nos damos cuenta que ese proceso solo será viable y positivo si se logra establecer un propósito de “Bien Común Universal”. No hay que olvidar que el prerequisite de la idea del “bien común” es aceptar “la existencia del otro”. De otra manera estaremos arriesgando lo que ese viejo informe de los años 60s de Naciones Unidas pronosticaba que por el camino que llevamos vamos hacia una ruptura antropológica.

Volvamos a mis perros: ellos no se equivocan en distinguir a otros perros. Nosotros estamos ante la prueba -con las migraciones de los pobres, porque lo otro es turismo-, de aceptar a las gentes porque son humanos y no por ser alemanes, franceses, norteamericanos etc. No sé si ya está superado eso de blancos y negros o de blancos e

indios, lo que sí sé es que no se ha superado eso de ricos y pobres. Cuando con el jesuita Jaime Vélez y un obispo del Brasil escribimos un librito bajo el título “Brecha entre ricos y pobres”, creo que al final de los 80’ se formó un escándalo y el librito desapareció. Lo escondieron porque allí escribí que de seguir sin pensar en el bien común y en la justicia social, brotaría la “subversión de la pobreza”, que sería incontrolable. Después creo que lo editaron porque entonces había frases que no se podían decir. Hoy los europeos hablan de eso y nada pasa porque toda originalidad nuestra solo cuando se norteamericaniza o se europeiza, es digna de atención (estoy seguro que con Francisco no lo lograrán).

La pobreza es el nuevo factor que define la xenofobia.

Además, para poder hablar de bien común, es preciso aceptar que falta definir y consolidar una verdadera “ciudadanía social” que incluya la ciudadanía civil y la política.

De la vieja época de amores, cuando leíamos a Neftalí Ricardo Reyes -Neruda-, decía por allá, en un poema referido a los amantes: “Nosotros los de entonces ya no somos los mismos”. Todo parece indicar que en términos sociales “nosotros los de entonces siempre somos los mismos”, no cambiamos. Dicen los campesinos que el lobo pierde la piel pero no la maña. Aplicamos -con excepción de ustedes-, el viejo principio de Lampedusa de agitarnos y movernos para seguir en el mismo sitio.

A lo mejor es parcialmente injusta la pregunta acerca de qué hay de nuevo -de procedencia cristiana o cristiana católica- en Doctrina Social. Los Papas y otros pastores evangélicos han escrito. Pero mi pregunta va referida al laicado. Debo repetir hasta la saciedad que la economía no es mala; objetables son los que hacen mal uso de ella. Mi abuelo materno que era sabio -no había estudiado en pupitre sino que tenía la sabiduría de los árboles-, afirmaba que “el mal trabajador siempre le echa la culpa a la herramienta”. Los políticos siempre dicen que la economía es mala; nosotros también.

Estamos unidos por el miedo, y eso es grave, porque el miedo -si alguna vez lo han experimentado- no une, amontona.

El bien común empieza en el facilitar la supervivencia, la seguridad, la salud, la comida, el vestido, la educación (saber para qué se vive), la instrucción, el pleno empleo, el salario suficiente, la seguridad social para todos, la eliminación del falso derecho a ser pobre (la austeridad es otra cosa), la concertación social, la igualdad de oportunidades, la redistribución de la riqueza, la participación democrática, el respeto al desarrollo espiritual y a la formación de la propia conciencia, el imperio de la justicia, la posibilidad de ser generosos y la instauración de la solidaridad como base cultural.

Hubo un día en el que Moisés subió al monte y regresó con las Tablas de la Ley. Creo que eran 10 mandamientos, pero ahora se han reducido un poco (ustedes saben de qué hablo. Eso de no hurtar hay que preguntárselo a los corruptos, a ver si está vigente todavía; además, creo que se hacen excepciones al 6 y al 9 para no atentarse contra el libre desarrollo de la personalidad). El mundo actual -mucho más práctico pero menos humano-, tiene 6 mandamientos nuevos que atentan contra el bien común. El primero es aquel que ordena la globalización de los capitales, mercados y empresas. El segundo dice que hay que innovar permanentemente para reducir gastos. El tercero ordena la apertura a todos los mercados es decir, que el mundo sea un único mercado. El cuarto: dar todo el poder al mercado. El

quinto eliminar cualquier forma de propiedad pública y de servicios públicos ya que la empresa privada ha de gobernar la sociedad. El sexto es perentorio, estás obligado a ser el más fuerte si quieres sobrevivir.

Todo esto es claro y saberlo cierto instala la agresividad y el horaciano “Carpe Diem”, que tradujo don Luis de Góngora y Argote con aquello de, “Coge la flor que hoy nace alegre, ufana, quien sabe si otra nacerá mañana”.

Un día, hace unos tres años, fui con un amigo a Francia a conocer al fundador del manifiesto “indignaos” Stefan Hessel, que a sus 93 años tenía un pensamiento joven que reclamaba la restitución del bien común. Tuvo un éxito fenomenal, pero fracasó en su segundo manifiesto “Comprometeos”, porque ya eran significativamente pocos los dispuestos a llegar hasta las últimas consecuencias para cambiar el mundo. Creo que Camus hablaba que una buena razón para vivir es también una buena razón para morir.

Qué se hicieron -se preguntan las gentes hoy-, esos principios del bien común que nos garantizaban la libertad, la equidad, la fraternidad, la democracia, la justicia social y la certeza de ser humanos?.

El bien común es exigente porque demanda desarrollo cultural; desarrollos espirituales (“La caña que piensa” de Pascal).

El bien común obedece a una cultura y esa cultura es una forma de relacionarnos con algo. La cultura religiosa es la forma de comunicación con Dios; la económica es la forma de relación con los bienes materiales; la cultura como forma de relación con lo pensado en el ayer; la cultura científica que es la manera como percibimos la ciencia con la prudencia reclamada por Rabelais al advertir que “ciencia sin consciencia es un socavar del alma”; la cultura social que es el cómo nos relacionamos entre nosotros; la cultura ecológica que expresa nuestra relación con la naturaleza y una cultura hoy olvidada y es aquella que tiene que ver con nosotros mismos en la tarea importantísima de saber encontrar la felicidad. Hay gente “cultísima” que sabe de textos, que tienen memoria prodigiosa; son modernos Pico Della Mirándola, pero de las dimensiones de la cultura enunciada son ignorantes. Nunca aprenderán a vivir.

3.- La gran bifurcación

Entonces, resulta que el bien común no se agota en la satisfacción de las necesidades básicas de la supervivencia biológica sino que es un concepto que se abre a exigencias tales como la seguridad y la paz que remiten a esa ética mínima del “no matar” y que hoy ha dado origen a la búsqueda de una “ética mundial”, que se ha asumido como grupo de trabajo con Hans Küng, de elaborar una “ética de la humanidad”, esa que debe llegar por consenso para sustituir los 6 mandamientos de la globalidad que se predica.

Esa ética demanda un acuerdo de valores comunes que han vuelto a tomar el nombre de “bien común” (no hay mejor nombre) que comienza con el respeto a la vida, es decir con el bíblico “no matar”, que es el principio que da origen a la convivencia con los demás con quienes es preciso consensuar aquellos valores que como la libertad se limitan en la responsabilidad y en ella encuentran sentido. Luego viene el no a la corrupción (no mentir) y el tan delicado del respeto a la vida y a la persona del otro.

Quienes trabajan en la estructuración de esa ética se han dado cuenta que por el despeñadero que vamos llegaremos a la catástrofe. Se impone la gran bifurcación.

Habermas hablando de estos temas y afirmando su asentimiento a la pluridimensionalidad del bien común, reconoce algo insólito en el momento y es que él manifiesta su convicción que “solo la religión puede re-civilizar la modernidad porque es la única que conserva memoria de su riqueza espiritual”. Es lo que se llama el retorno de las religiones que nadie inteligente oculta esté o no de acuerdo con ellas.

Queridos amigos a “la Humanidad” hay que llenarla de sentido porque es ella como comunidad, el verdadero sujeto del bien común que genera, enriquece y hace evolucionar al ser humano tal como lo ha mostrado en su gran obra “El ascenso del hombre” de Bronowski.

Y vamos a lo nuestro: El bien común y en él la democracia son un horizonte imprescindible del cristianismo.

A mí me gustó siempre y me gusta más ahora -pensándolo en esta dimensión-, esa frase de Maritain de que “la tragedia de la democracia es no haber realizado la democracia”.

Quienes quieran excluirse de la afirmación siguiente háganlo: por lo general no hemos estado a la altura de lo que el cristianismo exigía, de lo que la dignidad de la persona demandaba, de lo que el bien común reclamaba y de lo que la participación pedía en cada momento de su desarrollo.

Nunca pudimos pasar -exclúyanse los que quieran- de la democracia formal a la sustancial. Es por ello que el cristianismo ya no cautiva y es por ello que Francisco retorna a las fuentes para indicar que ha habido silencios en la doctrina social de la Iglesia y en el pensamiento social cristiano.

Vivimos un mundo lleno de desafíos a la dignidad de la persona, al bien común en todas sus facetas de justicia, de equidad, de libertad, de igualdad. Un mundo que se ha extraviado, enfermo, donde se experimenta el abismo existente entre la vida real y los valores morales decididos institucionalmente. Hay quienes han llegado a la certidumbre que el futuro da miedo ya que los compromisos son transitorios y el orden social y la convivencia demandan que sean permanentes. Tenemos miedo; asustados por el terrorismo nos olvidamos que él es “la sentencia que una sociedad descuadrada ha pronunciado sobre sí misma”.

Muchos han estado acostumbrados a vivir en el último grito de la moda y se entregaron al “laicismo superficial” y se olvidaron que una verdadera laicidad tiene necesidad de un alma religiosa.

Quienes por oficio vivimos metidos en antiguos textos tenemos la posibilidad de admirar en los primeros cristianos la capacidad de innovación porque bien es cierto que la rutina mata la democracia porque ella no es autosuficiente y en ella encontraremos dimensionado o empobrecido lo que en ella hayamos colocado. En esos “cristianos” de todos los tiempos De Gasperi, Adenauer, Toniolli -el que le ayudó a León XIII a escribir Rerum Novarum-, Giorgio La Pira, Gaudí, Teresa de Calcuta, Le Bret, Frei y Aylwin y el

siempre recordado Osvaldo Payá, se encuentra la frescura del actuar, la búsqueda del “poder” -del verdadero poder-, que les permitía con éxito enfrentar la omnipotencia de la ley cuando ella se aventuraba en los errores con una conciencia decidida y eran capaces -por el bien común integral-, de ir al sacrificio a nombre de una religión o a nombre de una convicción política como es aquella de la libertad que nos debe llevar a “rechazar toda forma de totalitarismo aún aquel de la mayoría”.

4.- El camino de la verdad.

Llegamos entonces en el desarrollo del bien común a la certeza que él exige la vigencia de la verdad. No hay bien común en la mentira, en la contradicción entre el decir y el hacer. La verdad es condición inexorable del cristiano esté donde esté y más aún si se ha comprometido con el ejercicio político. Vaclav Havel -presidente checo-, demanda “el intento de vivir en la verdad y llega a proponer esa definición de que si política es el arte de decir la verdad el político es aquel que la dice y la primera verdad de la política es la verdad del bien común”.

Cuánta razón tenía quien dijo que la democracia cristiana no se define, se constata.

El apostolado del bien común en todas estas dimensiones se da en la política y hoy día en esa transversalidad que exige que se dé una variación sustancial que si bien nos permita hablar de la democracia cristiana, la hagamos palpable e innegable en la democracia de los cristianos. El Evangelio lo dice claro “por sus frutos los conoceréis”. Pero para lograrlo se requieren líderes, no simples agitadores.

Leonardo Sciascia en su novela “*Il giorno della civetta*” -que llevó al cine magistralmente Damiano Damiani, con la estupenda actuación de Claudia Cardinale y la de Franco Nero-, habla del grave problema de la historia de hoy y de las sociedades que habitamos, que ya no están construidas por hombres y mujeres de valía, sino por esa especie sin ningún nivel de espíritu que son los “homúnculos” y son publicitadas por aquellos “quaquaraquá” que son carentes de espina dorsal capaces de negociarlo todo y acomodar los resultados en su beneficio mientras que ocultan la ponchera de Pilato de la cual hacen uso en toda circunstancia para evadir responsabilidades.

La política es el maravilloso instrumento del bien común y es tarea de ella conducir vigorosamente a una meta segura. Créanme que participo de la dura idea, como afirmó un pensador, al decir que “si la política no se ocupa del bien común, es asquerosa”.

5.- El Bonsai.

Un amigo mío ya difunto pero a quien le otorgo la pequeña eternidad del recuerdo -Dios se encargará de la grande-, decía que casi siempre sobrevaloramos los enemigos de fuera y minusvaloramos la dolorosa realidad de los enemigos que están dentro de nosotros mismos, que son los peores. Y me daba un ejemplo. Fuimos, entonces, a un negocio donde vendían plantas y me mostró los Bonsai.

Hermosos esos arbolitos, tiernos, pequeños, qué maravilla, y decidí comprarme, a la primera oportunidad, uno.

Un conocido de él -dueño del negocio-, nos explicó cómo se logra esa maravilla. Lo fundamental está en el tratamiento de la raíz. Trajo entonces-, unas tijeras diminutas y contó que lo fundamental es que, desde el inicio del vivir, hay que cortarle al mínimo las raíces. Es el secreto de todo. Un Bonsai fracasa cuando la raíz crece, por eso hay que estar atentos. La tierra de la siembra debe ser poca. No se puede regar a diario, sino humedecerlo por inmersión una vez por semana. Es todo un arte.

Mi amigo me explicó tanta belleza y reiteró que solo es posible así de esta manera. Sin embargo compré un enebro que es mi árbol preferido ya que en la vieja casa de mis padres hay uno alrededor del cual jugamos de niños. Yo miraba el enebro crecido más de veinte metros y el “enebrito” que jamás tendría niños ni escucharía sonrisas. De improviso una manada de pájaros salió del enebro grande cantando y nos fijamos cuidadosamente que estaba lleno de nidos y en alguno de ellos los pichones esperaban la madre regresando con el alimento. Mi bonsái -llamado enebro-, jamás se llenaría de trinos ni de vida.

Ese arbolito me preocupó toda la semana. El Bonsai es el ejemplo de una buena parte de la sociedad nuestra, de hijos y de nietos nuestros que, siendo preciosos, les recortamos a diario sus raíces, que son los valores y los principios. Ahí están, diminutos, pero la tarea de una familia en crisis, de una escuela en crisis, de una educación en crisis, de una sociedad en crisis, de una política en crisis es recortarle las raíces para que sean bellos sin crecer; no queremos correr el riesgo de la grandeza.

Esta sociedad de Bonsais, tolerante con todo, sin sueños, sin trinos, casi sin ideales es bonita, nos divertimos, es cierto pero, repito, ustedes y los propios son, gracias a Dios la excepción.

Solo recuerdo una operación de una crueldad parecida y fue cuando los indios jíbaros me explicaron en el Ecuador cómo se reducían las cabezas de sus enemigos. Dejémoslo así porque la reducción de cabezas es una reflexión cruel.

Francisco -que piensa sencillo y profundo-, se dio cuenta de dos cosas. Una, que el enemigo está más adentro que afuera. Otra, que existe un catolicismo Bonsai que hace cositas bellas, pero ha perdido la vocación del heroísmo.

Quien decida cambiar la va a tener difícil pero hay que empezar. Francisco quiere volver a definir con claridad el bien común (aconsejo se lean el libro de la Conferencia de Aparecida que es un intento) y lo quiere hacer en todos los niveles donde está comprometida la existencia de los seres humanos. Ya ha secuestrado varias de las tijeritas recortadoras de raíces; está cambiando los jardineros, en fin.

Cuando lo veo trabajar me acuerdo de ese señor llamado Maquiavelo. Que ha afirmado lo siguiente: *“Ha de considerarse –dice él- que no hay cosa más difícil de emprender, ni de resultado más dudoso, ni de más arriesgado manejo que ser el primero en introducir nuevas disposiciones, porque el introductor tiene por enemigos a todos los que se benefician de las instituciones viejas y por tibios defensores a todos aquellos que se beneficiarán de las nuevas; tibieza que procede en parte, de la incredulidad de los hombres, quienes no creen en ninguna cosa nueva hasta que la ratifica una experiencia firme”*.

Es hora de terminar, pero seamos conscientes que el problema es grave. En la época del citado Maquiavelo se afirmaba lo que todos sabemos: "el fin justifica los medios". Los medios podían ser corruptos. Hoy estamos de cara a la corrupción de los fines lo que es verdaderamente peor.

Quiero decirles una cosa. Mi Bonsai no volvió a caer en manos del jardinero, no se le volvieron a cortar sus raíces. De 30 centímetros, ha crecido en terea de años lo máximo que podía. Ahora tiene dos metros, pero nunca tendrá los 20 de mi árbol de infancia. Nada más pude hacer. Ahora, para recuperar conceptos tan caros como persona, bien común, Dios, defensa de la vida, me dedico a cuidar las raíces de mis nietos. Los invito a hacer lo mismo.